

Jorge González Bastías

A Jerónimo Lagos Lisboa

Con motivo de «Tiempo Ausente»

I



JERONIMO: en las páginas
de tu libro volcaste
tu corazón, lo mismo
que un ánfora de llamas.

Qué noble ardor, qué suave
serenidad, qué viva
la angustia que solloza
en el verso tremante.

Vestiste con el iris
tus palabras. En ellas
se transfunde armonioso
un polvo de iris diáfano.
Como es la tarde y sueñan
la luz, el agua, el árbol,
recoges esos sueños
y en el viento gitano,

los echas a cantar,
a querer, a sufrir
con la rama caída,
con la oveja extenuada.
Y en el hondo fluir
de armonía celeste,
un sello de nobleza
condecora tu verso.

II

Alguna vez cruzaste
mi camino en silencio
y tu sola presencia
fué fortaleza, lumbre,
fraternidad. Qué hermosa
la palabra que alienta
en misericordioso
ritmo de amor perenne!

¿De qué lejana estirpe
te vino el don celeste
de comprensión, de gracia,
de piedad y de canto?
Tal vez en el Oriente
tremolaste tu enseña
entre cien caballeros
que tu fe difundían;

o tal vez por los mares
que la América ciñen
llegaste en carabela
de cedros aromáticos . . .
Ese es el noble espíritu
que en la vida se mueve.
Esa la noble herencia
que trasciende en tus actos.

III

Jerónimo: es la tarde
y el crepúsculo viene
con hondas resonancias
de avatares lejanos.
Todo despierta un eco
generoso en tu espíritu,
y brota tu canción
como se abre una rosa.

El viento vagabundo
de tu vieja montaña
lleva el sutil aroma
del boldo y el espino.
Son amigos dilectos
que nutrieron tu sangre
de esencias y de mieles,
hoy versos cristalinos.

